

Palabra de Dios

El camino que hay que hacer

Segundo domingo de Adviento

GREGORIO CARRASCO MONTERO

Baruc 5, 1-9. A pie se marcharon, conducidos por el enemigo, pero Dios los traerá con gloria.

Filipenses 1, 4-6. 8-11. ... así podréis llegar genuinos y sin tropiezo al día del Mesías.

Lucas 3, 1-6. Una voz grita: Preparadle el camino al Señor.

Lejos de Jerusalén depresión - amargura en los diversos estratos que formaron su status social. Lágrimas y nostalgias al mismo tiempo. En la misma lejanía, sin embargo, suena la voz de liberación. Se oye el grito triunfal de salvación. Se anuncia la restauración escatológica más que histórica. Y se forma la caravana del regreso. Por eso invitación profética a quitar el traje de luto. Invitación a vestir las galas perpetuas de la gloria de Dios. Con toda clase de adornos. Sí. Los arrastrados por el opresor vuelven traídos y guiados por la gloria de Dios. Formando en la marcha y participando en una liturgia de júbilo. Dios mismo es el que ha preparado el camino de los retornados. Y manda a Jerusalén que contemple las hileras de los que vuelven porque el mismo los hace andar por caminos de seguridad. Pero, ¡ojó!, que sólo el camino será tal si está flanqueado de justicia y misericordia.

EL CAMINO Y EL GUIA

La mística del camino adquiere un especial relieve en este segundo domingo. En la soledad del desierto se hace presente el carisma: En su silencio estalla en urgencias una voz que grita: **Preparad el camino del Señor.** ¿Opción? ¿Exigencia? Una y otra radical. Y se completa a Baruc. Leído hoy a la ligera podría hacernos salir de su auténtico cauce. Porque el camino de aquel pueblo, bueno, de todo el pueblo oprimido y depauperado es largo de pasos y de dificultades. No exento de tensiones por la abundancia de curvas y baches.

Un camino así visionado, tiene en sí mismo la tención del cansancio y del desánimo. Por tanto, y por eso, el pueblo - rebaño necesita esencialmente del guía - líder - pastor para una caminata siempre erizada de obstáculos.

No es extraño que Juan se agigante en claridades o, según otros, en durezas. Profeta de ayer, evangelista de hoy. Anuncia al Mesías y da ya la buena noticia de que está en medio de todos. Juan, porque sabe que está ya a punto de manifestarse, urge e insiste y toma a pecho la preparación de los caminos de todos. Cuestiona e interpela a los diversos sectores sociales que se dan en Israel. Nadie se libra de sus claridades y todos descubren cómo preparar, cómo andar, el camino que conduce al Señor. A nadie se excluye. A todos se llama a esa preparación. Todos tienen, tenemos, que seguir al guía - pastor que viene para liberar al pueblo.

DATOS CONCRETOS DE LUCAS E IGUALDADES DE JUAN

La acumulación de datos históricos, geográficos, personajes de Lucas para encuadrar la actividad profética del Bautista va más allá de una simple y rutinaria enumeración. Huele a señalización. Muy concreta y geográfica. Concretos grupos. Concretos personajes de la religión y de la política. Casi hasta de la economía. Los que tensan o aflojan los hilos de todas las bambalinas de aquel momento.

Y Juan no se anda por las ramas. A todos grita desafiante. Quiere, exige caminos de más igualdad para que cada uno descubra y reciba al que viene. Vámonos, que va al grano. Montes, valles, colinas, torceduras, escabrosidades. Todo lo que se da en nuestro complicado mundo interior y forma nuestro entorno social necesita que se iguale —igualdad!— para ver la salvación de Dios. Sólo a base de nivelar podréis llegar genuinos y sin tropiezos al día del Mesías. Lo decía y escribió Pablo.

HACE FALTA UN BAUTISTA EXTREMEÑO

Alguien, que no he inventado, en algún sitio, de pedropo recuerdo, pero que yo no me he olvidado, ha llamado a Pedro de Alcántara el Bautista extremeño. Creo que lo fue totalmente en su tiempo. Pero necesitamos el de hoy.

Por una parte se habla mucho de desierto. De la espiritualidad del desierto. De días y meses de desierto. Por otra parte, a otro nivel se escribe y se habla, quizá más que del otro, del desierto que es Extremadura o de su progresiva desertización.

Todos en ella, especialmente los pastores de esta tierra - iglesia y los guías - líderes, ¿los hay?, de esta tierra - pueblo tendrían que tener en cuenta, muy en cuenta, un detalle de Juan.

Su agresiva actividad, su arriesgada misión profética, su enhiesta personalidad indicadora de ciertos caminos, su sangrienta confirmación, son productos del desierto. De la espiritualidad del desierto. Porque en el silencio no roto en meses ni años, porque en su infinita soledad como casi infinitos son sus arenales hay tiempo para la reflexión y desde ella descubrir lo problemático que hay y lo desnivelado que existe en nuestra Extremadura. Por montes socialmente demasiado altos o por barrancos socialmente demasiado profundos.

Sólo entrando en la entraña —soledad y silencio— del desierto se puede salir con la denuncia profética, al estilo de Juan, que necesita Extremadura.

Sólo viviendo la soledad del desierto no nos importaría tanto la soledad. Se vacían en que van quedando muchos templos. Se llenan para cumplir. Se vacían cuando se tienen barruntos de compromiso. Los llenamos quizá portadores de injusticias y salimos de ellos sin estar dispuestos a realizar la justicia.

Me temo que si el Bautista fuese celebrante de nuestras eucaristías buscaría primero la segura y talaría los bosques que se forman aún en algunos templos para abrir - preparar camino al que viene-baja. ¿Cuántos árboles quedarían en pie?

De otra manera, ¿cómo preparar los caminos al que viene exigiendo y viviendo la fraternidad universal?

El otro Cristo (II)

CELSE BAÑEZA ROMAN

II JESUS, LIBERADOR DE LAS OPRESIONES

Que Jesús nos libró del pecado y de la muerte eterna, es algo sabido por todos y que no necesita demostración. La Biblia nos presenta esta realidad a través de todas sus páginas con un rico vocabulario y a nivel de acontecimientos salvíficos. Pero no siempre este léxico en torno a la Redención contiene un significado religioso o sobrenatural. También se trata, en no pocas ocasiones, de una liberación integral del hombre sometido a muchas opresiones de orden terrenal: sociales, políticas, económicas e incluso religiosas.

El mismo Dios del Antiguo Testamento se preocupa de la realidad humana de su pueblo condenado a trabajos forzados en Egipto. El libro del Exodo nos presenta unas palabras duras de Dios: «Bien vista tengo la aflic-

arrancada de este mundo su vida.

Esta actividad de Jesús ha sido silenciada o poco esclarecida. En efecto, Jesús se enfrenta con Herodes a quien llama «zorro». Avisa a los discípulos para que no sean como los poderes políticos que «dominan como señores absolutos y que oprimen al pueblo». Ataca a los defensores rígidos de una ley que aplasta al hombre. Juzga a los fariseos, casta dominadora, llamándolos sepulcros blanqueados, hipócritas, hijos de criminales, serpientes y víboras. Niega las tradiciones sagradas porque anulan la palabra de Dios. Se opone abiertamente y actúa en consecuencia, ante cosas prohibidas por la ley, como no trabajar en sábado, no comer o tocar cosas impuras, no relacionarse con los pecadores o aceptar sus invitaciones, etc., etc. Incluso llega a sostener que es preferible ayudar a los padres (léase «pobres») que entregar limosnas al templo para que

cho poder entrevistarse y dialogar con los que son sus «representantes». Del mismo modo se pueden denunciar la inutilidad de los programas económicos que se van sucediendo. La nación está siendo sostenida por la clase media y pobre, que no puede escaparse de los impuestos como los poderosos. Mientras unos se atan el cinturón, otros derrochan usando un avión particular para un viaje oficial cuando pueden ir en un vuelo regular. Se deben denunciar la carrera consumista y las drogas que se ofrecen al pueblo (léase «fútbol» y otras diversiones) para acallar su clamor. Se deben denunciar los sistemas productivos y el vestir a unas regiones desnudando a otras.

La Iglesia y su jerarquía, como institución humana, tampoco está exenta de esta denuncia. Ya lo hizo Pedro Apóstol en su carta: «Apacentad la grey de Dios, no tiranizando a los que os toca cuidar». Parte de la jerarquía



ción de mi pueblo en Egipto y he escuchado su grito en presencia de sus opresores; he bajado para liberarlo.» Con esta experiencia de liberación el pueblo de Israel, una vez instalados en la Tierra Prometida, crea sus instituciones para garantizar esta libertad: la monarquía, el sacerdocio y el templo. Pero cuando estos medios se van haciendo «absolutos» a través de los tiempos, el rey y el sacerdote se convierten en los nuevos opresores del pueblo. El sacerdocio, que perdura más tiempo que la monarquía, inicia una evolución que desemboca en una casta dominadora, política y religiosamente, hasta concluir con los abusos del Sanedrín, escribas y fariseos del Nuevo Testamento. Estos últimos, según un diagnóstico de Jesucristo, «atan cargas pesadas y las echan a las espaldas de las gentes».

Jesús es el heredero de los profetas que denunciaban el despotismo de la monarquía y del sacerdocio. De hecho, sus palabras y sus actitudes suponen una auténtica revolución contra el sistema político y religioso. Con la condena a muerte fue ahogada su voz y

el dinero se convirtió en sagrado. Ante todas estas leyes y costumbres escritas en la Biblia o conseguidas por los jefes y el pueblo, Jesús se coloca en una postura revolucionaria: «Antes se dijo... Yo os digo.»

Hoy se le hubiera considerado como un sepulturero de la religión, un destructor de las costumbres, un desertor político o un anarquista. Pero Él es consciente de su misión. Vino a «proclamar la liberación de los cautivos y dar libertad a los oprimidos». Con sus palabras y ejemplo personal nos libera a los cristianos para que no sigamos atados a esclavitudes de muchos signos.

El hombre de hoy, que sigue a Cristo, debe tomar la misma actitud de Jesús denunciando todos los sistemas opresores veng de donde vengan. El cristiano político, puede denunciar el sistema político de esta nación donde no se ha estrenado todavía la democracia. Por las ventanas de los Ministerios no ha entrado todavía el aire renovador. Los senadores y congresistas se mueven por intereses particulares: de hecho al pueblo le cuesta mu-

se resiste a estrenar el Vaticano II que aprobó el Espíritu Santo. Hasta el Papa parece situarse al mismo nivel de la casta sacerdotal dominadora de Israel atando cargas pesadas sobre la gente en materias poco claras y que discuten los teólogos (divorcio, anti-conceptivos, ordenación sacerdotal de mujeres, matrimonio de los sacerdotes, etcétera). A todo esto ha dicho Juan Pablo II que NO, de modo tajante y como dogmas de fe, sin consultar al resto de la Iglesia.

Jesús no impuso nunca nada de modo intransigente a sus discípulos. Tuvo un gran respeto a las personas que trataba y les dejaba libres. No ocurre lo mismo en la Iglesia actual. ¿Cómo pueden conciliarse el respeto a la persona y el compromiso hacia el hombre concreto con la negativa, por sistema, de conceder la secularización a miles de sacerdotes que esperan hacer más de un año, sin comunicarle las razones de esta postura unilateral?

Termino con una frase de San Pablo: «Para ser libres nos libértó Cristo. Manteneos, pues, firmes y no os dejéis oprimir nuevamente.» (Gal. 5,1).

¿Quién eres tú, Pueblo de Dios? (I)

¿El último destinatario de encíclicas y pastorales?...

¿El pretexto de muchas ambiciones personales?...

¿El aburrimiento de los gañanes y la tajada del pastor?...

¿Al que siempre se adoctrina y de quien nunca se toman lecciones?...

¿La disciplina obligada cuando falta imaginación a los planes pastorales?...

¿Con el que todos decimos contar y a quien nadie pregunta y oye?...

¿Quién eres tú, Pueblo de Dios, cuando para referirse a ti a la fe de los creyentes nunca le bastó un nombre?

...y, porque no era cosa de uno, te llamaron Iglesia y todos se sintieron sociables. Esposa de Cristo y te sintieron madre.

Vieron en ti cumplidas las promesas y como Nueva Jerusalén le llenaste la boca de cantares. Ciudad de Dios, les hizo soñar un mundo habitable. Templo del Espíritu y todos gritaron: ¡Padre!

Cuerpo de Cristo les hizo sentir una presencia corresponsable.

Reino de Dios y... temieron con él identificarte...

¿Quién eres tú, Pueblo de Dios, sólo nombres?

Hace ya unos años que hubo un Concilio que se detuvo a mirarte. Vio que tu realidad era mucho más grande que tus nombres. Lo que ellos expresan de ti es sólo una mínima parte. Tu realidad es inagotable. Tan inabarcable, que adentrarse por ti es palpar el Misterio de Dios hecho carne. Por eso el Concilio quiso expresar lo escondido llamándote: Sacramento. Porque eres espacio de libertad, tiempo y oportunidad de gracia, paz, reconciliación, coyuntura misteriosa que cita al hombre que busca y al Dios buscador, alegría de un mundo que espera la manifestación de los hijos de Dios. El Viviente está allí donde estás tú, lo que te hace tan importante que llegas a ser necesario hasta para la salvación.

Entonces... ¿sólo cosa de nombres, Pueblo santo de Dios?...

M. Manzano